

Agua: sabor, ética y estética



Javier Sábada

Es catedrático de Ética de la Universidad Autónoma de Madrid. Realizó estancias de estudio en Tübingen (Alemania), Columbia (EEUU) y Oxford y Cambridge (RU). Ha sido profesor visitante en varias universidades e institutos de investigación de Latinoamérica y EEUU.

Trabaja con diversas instituciones de Bioética entre las que destaca el Instituto de Bioética y Humanidades Médicas, del que es codirector.

Ha escrito casi treinta libros y numerosos artículos sobre temas que van de la Filosofía de la Religión hasta la Bioética, pasando por estudios sobre Wittgenstein. Otros títulos han dado cuenta de sus preocupaciones sociales, aunque siempre remitiendo a una inquietud que se traduce en una mirada filosófica sobre lo cotidiano. Libros como *Hombres a la carta*. *Los dilemas de la Bioética* (1998), *La vida en nuestras manos* (2000) o *Principios de Bioética laica* (2004) muestran sus intereses filosóficos actuales. Su último libro se titula *De Dios a la nada. Las creencias religiosas*.

Agua: sabor, ética y estética

Javier Sábada

La primera parte, y que podría llevar el título de “El agua como sustancia del mundo”, sirve de introducción. De esta manera se ponen de relieve y se recuerdan aspectos que son esenciales en la visión que hemos tenido los humanos, desde el principio, del agua. Se destacan así tanto sus características mítico-religiosas como las más reales; es decir, aquellas que hacen del agua el sustrato de nuestra existencia. Sin olvidar cómo, en el comienzo del filosofar, uno de los cuatro elementos que forman el mundo es el agua. Tales elementos no son sino la traslación a un lenguaje abstracto de cuatro divinidades ancestrales. En cualquier caso, detrás de todas las metáforas que se han forjado a su alrededor, se esconde su núcleo de configuración, mantenimiento y desarrollo de la vida; tanto de la vida del mundo como de cada uno de los individuos que lo pueblan. Añadamos, como dato revelador de su primacía, que el fuego se inventa, mientras que el agua se encuentra. O que podría haber vida sin luz o incluso sin oxígeno, pero que todos los seres vivos necesitan agua. En la segunda parte y desde la distinción clásica entre agua dulce y agua salada, se resalta su ambigüedad y cómo lo mejor se puede convertir en lo peor. Una inundación, que

es un mal llamado de la pena, o una guerra por el agua, que sería el mal llamado de la culpa, son casos claros de tal ambigüedad. Los ejemplos, que podrían multiplicarse, muestran hasta qué punto el agua, como corazón de la existencia, manifiesta el lado de la vida y el lado de la muerte. En la tercera parte, que quiere ser la central, nos fijaremos en cómo el agua, en sus distintas formas e, incluso, metamorfosis, es un bien objetivo, un útil a promover, un don que debe ser tomado como algo básico. Esto quiere decir que somos responsables ante ella y que estamos obligados a cuidarla. Los modos de tal obligación cambiarán según las circunstancias. Podemos distinguir el que atañe a las instituciones y el que nos incumbe a cada uno de nosotros. Por consiguiente, es un deber mantener lo que condiciona la vida y promover todo aquello que la haga útil para los humanos. En este apartado nos referiremos muy concretamente a la salud. La salud es un bien primario y un derecho fundamental. De ahí la exigencia de que sea considerada desde el punto de vista médico, social y político como el supuesto de nuestro buen vivir. Y en la cuarta y última parte nos detendremos en la relación entre ética y estética en lo que concierne al agua. Anotemos que, aunque pa-

rientes, ética y estética no son lo mismo. La estética no es universal y a nadie se le puede exigir ser bello ni que ame una obra de arte que no le emociona. Es de suma importancia, sin embargo, el uso del agua en la higiene, ya que mejora de nuestra apariencia, es cómplice de un sano y sensato rejuvenecimiento y ayuda a la salud en general. Así se funden ética y estética, aunque destaquemos más los rasgos de la última. Y concluimos, por tanto, que el respeto

al agua es, análogamente, el respeto que hemos de tener por la madre tierra y por todos sus habitantes. Que es, no menos, una necesidad básica y que, en consecuencia, tenemos que cuidar de ella. I. Illich nos habló de las aguas del olvido. Efectivamente, tendemos a olvidar lo más importante, lo que está ante nuestros ojos. Por todo ello, un recuerdo activo de lo que es la fuente de nuestro ser constituye una tarea moral decisiva.



Federico García Lorca en el Balneario de Lanjarón (Granada). Imagen cortesía de ANEABE